

Reseñas

A partir del capítulo VII, su interés se vuelca en estudiar la persona, vida y acción de Juan Diego, su existencia real y las versiones de autores modernos que niegan su verdadera historicidad. La espesa y abundante discusión, más política que histórica, en torno a Juan Diego, es examinada detalladamente por el autor, quien no realiza un estudio historiográfico ni serio ni completo. Se apoya más en la argumentación de tipo apriorístico, que en un estudio detenido de las fuentes. Deja a un lado las aseveraciones de los llamados «Evangelistas Guadalupanos» y de los testimonios de 1666 que representan una de las confirmaciones más recias de las apariciones y de la realidad de los personajes que actuaron en el medio de las apariciones.

Mucho interés pone en señalar la división de opiniones surgida tiempo atrás, ya no sólo de las apariciones, sino principalmente de su personaje principal. Insiste en la división surgida en el medio clerical, entre aparicionistas y antiaparicionistas, entre los grupos que sostienen la existencia de Juan Diego y de quienes la niegan. (Ya en obra clásica, como la del P. Anticoli, se afirmaba de la división de opiniones brotada a raíz de la existencia de Juan Diego). Para confirmar la existencia milagrosa de la tilma de Juan Diego cuyo uso no conoce de forma clara, realiza una especie de «tour de force», equiparando la tilma juandiegua con la sábana santa de Turín, comparación ilógica y fantasiosa.

Como parece que la colección a la que pertenece esta obra es de difusión, no contiene aparato crítico que avale y afiance sus afirmaciones, aclare las dudas y confirme su información y razonamientos. Las fuentes que utiliza son exiguas y pobres. Desconoce tanto la bibliografía que actualmente excede en más de cuatro mil títulos, como lo confirman los trabajos de los PP. Rogel, Organista y Marín. Ignora las recopilaciones literarias del P. Peñaloza y sólo menciona como referencia básica el libro de Jacques Lafaye que puede situarse más en el rubro antiaparicionista que en el apa-

ricionista, que, además, da corta información del «indio Juan Diego».

Obras como ésta, más desorientan y desinforman al público que desconoce la realidad histórica y el desenvolvimiento del pensamiento y la realidad religiosa de México.

E. de la Torre Villar

Javier GARCÍA GONZÁLEZ, *El rostro indio de Jesús. Hacia una teología indígena en América*, Diana, México 2002, 324 pp.

Bajo este sugerente título, el sacerdote y profesor mexicano Javier García González, conocido por sus trabajos anteriores sobre la inculturación del mensaje evangélico en las diversas culturas indígenas americanas, pone en el mercado un ensayo bien elaborado sobre la denominada *teología india o indígena de América*.

En la primera parte del libro se plantea la posibilidad de la propia formulación de una teología india, con los problemas que conlleva a la hora de conjugar algunas verdades fundamentales del cristianismo con el cuerpo doctrinal-espiritual de las religiones indígenas. El método para elaborar esa teología centra la segunda parte, partiendo de los documentos del magisterio y del principio de la inculturación. En la tercera parte, el autor va recogiendo los elementos valiosos que aportan en este sentido las culturas azteca, maya e inca, considerados como auténticas *semina Verbi*. La cuarta parte presenta los diversos campos en que dicha inculturación puede llevarse a cabo: la liturgia, la catequesis, el arte y la promoción integral del indígena. Finalmente, en la quinta parte, se presenta el denominado *método guadalupano de teología india* basado en el texto del Nican Mopohua y la propia imagen de la Virgen de Guadalupe, considerada como un verdadero *amoxtili* o códice azteca.

El autor se esfuerza por realizar con honestidad una síntesis entre la sabiduría ancestral india y la fe cristiana, intentando no trai-

cionar ninguna de ellas. Frente a tantas interpretaciones antropológico-racionalistas del fenómeno guadalupano, esta nueva forma de entenderlo como la síntesis más conseguida en el proceso de inculturación del Evangelio en tierras americanas resulta acertado.

F. Labarga

José Antonio GONZÁLEZ PIZARRO, *El catolicismo en el desierto de Atacama. Iglesia Sociedad Cultura 1557-1987*, Universidad Católica del Norte, Antofagasta (Chile) 2002, 345 pp.

El autor, doctor en Historia por la Universidad de Navarra (1986) con la tesis *La Política de España en América bajo Isabel II*, es actualmente profesor titular de la Universidad Católica del Norte, en Chile. Tras una intensa docencia académica de posgrado en universidades chilenas, una docena de libros y varios proyectos de investigación internacionales, González Pizarro nos ofrece ahora un notable aporte a la historiografía de Antofagasta y a la historiografía religiosa en general.

Estamos ante una obra documentadísima, fruto de una larga labor de archivo y de abundante consulta bibliográfica de textos especializados y de periódicos, tanto nacionales como locales. El lector no sólo se enfrenta a la información histórica de una diócesis, sino que «sobre todo vivirá un encuentro profundo con la historia de una comunidad eclesial que fue incubada con esfuerzo, perseverancia y tesón inéditos en la historia de la Iglesia católica en Chile». El punto de partida es la descripción del espacio geográfico del desierto de Atacama, el profundo sentido bíblico de tan agreste naturaleza y los simbolismos del desierto en algunos teólogos: «un papel en la inteligencia de la Iglesia. Dios no nos ha llamado a vivir en el desierto, sino a atravesar la tierra prometida». El espacio de Atacama también ha tenido un marcado acento bíblico en sus desafíos, ha sido un medio de por sí adverso a toda permanencia humana, ha supuesto un doble esfuerzo

para el hombre: primero, dominar la naturaleza; seguidamente, establecer un asentamiento en la soledad del páramo.

Este esfuerzo se ha manifestado en la costosa construcción de una sociedad humana y religiosa, que ha requerido la dedicación de eclesiásticos y laicos, de pastorales integradoras, de contemporización de elementos católicos y acatólicos, en tiempos en que los variados signos secularizadores –positivistas o liberales– eran los hegemónicos en los ámbitos de la cultura y la acción social, y en tiempos que la caridad cristiana trabajó codo a codo con la filantropía masónica. «El desierto de Atacama constituyó el gran experimento de vivir en una sociedad plural y tolerante, en momentos en que en otras latitudes del país la edificación de la convivencia plural era una quimera. Es más que posible que por darse una sociedad de fronteras en el desierto, pudo asistirse a la realización precursora de vivir en tolerancia» (p. 282).

El libro describe esta lección de catolicismo y convivencia en el desierto, el rescate de la fe religiosa que estaba en el alma de sus habitantes, la educación católica impulsada desde tantas instituciones, especialmente desde el Colegio de San Luis, «de fuerte sello social y compromiso ético». Por otra parte, el catolicismo regional no fue ajeno a los avatares ideológicos universales, cuyos procesos también fue viviendo. Cada comunidad queda expuesta con sus particularidades propias, como resume, en el también trabajado prólogo, el Dr. Camus Ibacache, Rector de la Universidad Católica del Norte.

M. Alonso de Diego

Gabriel GUARDA, *Los laicos en la cristianización de América*, Ed. Vida y Espiritualidad, Lima 2004, 288 pp.

Se recogen en este libro el estudio sobre el papel de los laicos en la evangelización americana. El autor, chileno, benedictino y ar-